

Los suicidios tras el hacha y la serpiente

Familiares y compañeros de víctimas de ETA se quitaron la vida en los siguientes años. Aquí hay siete casos, pero es sabido que son más

JESÚS J. HERNÁNDEZ



El viernes pasado se cumplieron treinta años del asesinato en Bilbao del policía nacional José Anseán Castro. Aquel 14 de enero de 1992, caminaba por Bolueta, junto a su esposa, hacia la parada del bus que le llevaba al cuartel de Basauri cada mañana. Todo sucedió muy rápido. Dos etarras descendieron de un coche que habían robado y Juan Carlos Iglesias Chouzas, 'Gadafi', le disparó tres tiros a escasa distancia y le remató en el suelo, a sangre fría y pese a los ruegos de su esposa para evitarlo. Tenía 38 años y un hijo de 14 llamado José Manuel. Es una tragedia más en la larga lista de la violencia terrorista pero, en este caso, la desgracia se cebó con esta familia. El 14 de septiembre de 2006 se escuchó en el juicio el emocionante testimonio de la viuda, que identificó a 'Gadafi'. Fue condenada a 50 años de cárcel. Al día siguiente, el hijo del matrimonio, José Manuel Anseán Pérez, que tenía 29 años, se quitó la vida. Fue enterrado en Lugo, junto a su padre.

Son las otras muertes de ETA, aquellas en las que no mediaron balas ni coches bomba, las que llegaron tiempo después de los atentados empujadas por el peso insuperable del dolor. Esposas, hijos, compañeros de la víctima. Este diario ha identificado siete suicidios, pero es evidente que hay más. Muchos no habrán trascendido y quizá algunos, como suele suceder en estos casos, hayan quedado envueltos en la neblina de las dudas sobre qué sucedió. Consuelo Ordóñez, presidenta de Covite, tiene «algunos casos muy cercanos». «El que más, sin duda, Fernando Altuna, que era amigo íntimo y compañero de la junta directiva de Covite. Él creó del mapa del terror, que recoge todas las víctimas. Un hombre maravilloso que pasaba temporadas terribles en que sufría mucho y que muchas veces no advirtió que acabaría haciendo lo que hizo y no quería morir».

Fernando Altuna tenía diez años cuando mataron a su padre, Basilio Altuna, un capitán de la Policía Nacional que fue asesinado por ETA el 6 de septiembre de 1980. Fernando mantenía un blog donde recordaba a las víctimas del terrorismo y contaba algunas expe-



Arriba, funeral celebrado en Santurtzi por Rafael Vega, asesinado por ETA. Abajo, María del Carmen Rodríguez y sus dos hijos, Alejandro, el mayor, y Antonio. Ella se quitó la vida años después del atentado contra su marido.



«Mi madre lo hizo, yo lo intenté tres veces»

J. J. HERNÁNDEZ

Alejandro Ramos nació en las casas del cuartel de la Guardia Civil en Oñati, uno de los destinos más peligrosos. «Una noche tiraron cócteles y uno entró por la ventana de mi cuarto. Yo tenía cuatro años. Llegó mi padre corriendo y me tapó con una manta para sacarme». Es una escena que recuerda perfectamente. «La revivo desde entonces, con pesadillas muy vivas revivien-

do todo, por lo menos dos noches por semana». Dos años antes, en 1983, su padre Antonio Ramos había salido ileso de un atentado con coche bomba que costó la vida a un compañero que viajaba con él. El 8 junio de 1986, la suerte cambió. Un comando de ETA asesinó a su padre cuando salía, de paisano y con otros compañeros, de un bar de Mondragón. Las crónicas de la época recogieron la entereza en el funeral de la esposa de An-

tonio, María del Carmen Rodríguez, embarazada de seis meses.

«Mi hermano nació con un autismo severo. Pensamos que fue por todo aquello. No había antecedentes en la familia. Manuel está internado en un centro. Ahora es un tiarrón de un metro ochenta, con pañales, que nunca ha podido hablar. Para mí, es la víctima más grande del terrorismo porque lo fue antes de nacer», valora. Todo aquello trastornó a su madre. «Tuvo

muchos intentos de suicidio y al final lo logró en 2007, dos días antes de mi cumpleaños. Me dejó una nota de 'feliz cumpleaños', recuerda. «Ella tenía una depresión muy profunda y el 'síndrome del norte'. Se asustaba con cualquier ruido y mis cuentos de cuna eran historias de atentados y compañeros muertos. No estaba bien». Una historia así marca a todos. «Estoy de psicólogos y psiquiatras hace muchos años. Tengo trastorno de personalidad tipo límite y un trastorno del sueño por las pesadillas. No puedo dormir con mi pareja porque me despierto gritando, dando patadas. He tenido tres intentos de suicidio», reconoce.

El arma de un compañero

Cuesta continuar con la sucesión de casos, pero quizá sea bueno hacerlo ahora que el suicidio va rasgando el velo de tabú que lo ocultaba. Rafael Vega Gil tenía 48 años y regentaba un almacén de venta de vinos en la calle Fleming de Santurtzi. Allí lo mató ETA de cuatro tiros en la cabeza el 5 de junio de 1982. Uno de sus cuatro hijos, de 17 años, fue el primero en encontrarlo porque trabajaba con él y estaba en otra zona del almacén. Una ambulancia trasladó al hombre con vida al hospital pero no pudieron salvarle. Su mujer, María Dolores Bernisa, de 47 años, que cayó en una fuerte depresión, se suicidó el 8 de septiembre de aquel año.

Sólo una semana después de aquel suicidio, el 'comando Donosti' cometió un atentado que daría pie a otro. Fue el 14 de septiembre de 1982, cuando acribilló a siete policías nacionales que habían parado a comer un bocadillo en el ato de Perurena, en Rentería. Murieron cuatro y resultaron heridos los otros tres. El agente Julián Carmo era compañero en aquella unidad y amigo suyo, pero no estaba trabajando aquel día. Le pidieron que acompañara el féretro de uno

muchos intentos de suicidio y al final lo logró en 2007, dos días antes de mi cumpleaños. Me dejó una nota de 'feliz cumpleaños', recuerda. «Ella tenía una depresión muy profunda y el 'síndrome del norte'. Se asustaba con cualquier ruido y mis cuentos de cuna eran historias de atentados y compañeros muertos. No estaba bien». Una historia así marca a todos. «Estoy de psicólogos y psiquiatras hace muchos años. Tengo trastorno de personalidad tipo límite y un trastorno del sueño por las pesadillas. No puedo dormir con mi pareja porque me despierto gritando, dando patadas. He tenido tres intentos de suicidio», reconoce.

ALGUNOS CASOS

► **María Dolores Bernisa.** Esposa del vinatero Rafael Vega (asesinado el 5-6-1982).

► **José Manuel Anseán Pérez.** Hijo del policía nacional José Anseán (14-1-1992).

► **María del Carmen Rodríguez.** Esposa del guardia civil Antonio Ramos (8-6-1986).

► **Julián Carmona.** Policía Nacional y compañero de cuatro agentes muertos el 14-9-1982.

► **Fernando Altuna.** Hijo de Basilio Altuna, capitán de la Policía Nacional (6-9-1980).

► **José Carlos Marrero.** Miembro del GAR, se suicidó tras un atentado (28 junio de 1986)

► **José Santos Pico.** Guardia civil, se suicidó tras morir en atentado la hija de un compañero (28 junio de 1986).

de ellos en su regreso a su localidad natal. No pudo hacerlo. Al día siguiente del atentado, se suicidó.

A veces pasó un solo día. Otras veces, unos meses, unos años, décadas incluso. En el caso de José Santos Pico fueron unos tres años. El 15 de abril de 1991, ETA mató a una adolescente, María del Koro Villamudria, con una bomba adosada al coche de su padre, que era guardia civil. Jesús Villamudria era compañero de José Santos Pico, que cambió radicalmente después de aquello. El 14 de enero se disparó con su arma reglamentaria en Pasajes. La mujer de José Santos, Eva Pato, sentenció: «Fue ETA quien empujó a mi marido a pegarse un tiro».

28 junio de 1986, Zarautz. José Carlos Marrero, un joven guardia civil del GAR, sufre un atentado que mata a su compañero Francisco Muriel y hiere gravemente a él y a cinco agentes más. Sufre shock traumático y una lesión cerebral y acaba ingresado en el centro de salud mental de Las Palmas. Allí, el 10 de enero de 1988, arrebató el arma a un compañero que viene a visitarle y acaba con su vida.

Alejandro es una de esas víctimas del terrorismo que necesita ayuda. Le reconocieron por sentencia la incapacidad absoluta pero «al presentar los papeles, sólo me dieron la parcial». Lleva ocho años en la vía del contencioso-administrativo. «Mi madre tenía una pensión pero nos la quitaron al morir. Y los hijos no tenemos derecho a pensión». Él sobrevive gracias a «una ayuda para comer de Covite» y «es muy difícil pasar página con esta situación». «Ver que hay dinero para los presos y que a mí el Estado me deja en la cuneta... Lo último que han hecho es pedirme nueve mil euros de las costas por ir al contencioso», se lamenta.



Las dos hijas del matrimonio asesinado, Tamara y Sherezade, colocaron unas flores blancas junto a los nombres de sus padres. BORJA LUNA

«Estas placas son importantes para que los jóvenes se pregunten qué pasó»

Los familiares de Miguel Paredes y Elena Moreno, asesinados por ETA en 1990, agradecen el homenaje del Ayuntamiento de San Sebastián

AINGERU MUNGUÍA

SAN SEBASTIÁN. El Ayuntamiento de San Sebastián colocó ayer en la calle San Lorenzo de la Parte Vieja dos placas en memoria de Miguel Paredes y Elena Moreno, matrimonio asesinado a tiros por ETA en 1990. Su hija Tamara agradeció el «emotivo» homenaje y confió en que las placas con sus nombres sirvan para que los jóvenes «pasen por esta zona, las vean y les genere la curiosidad de saber lo que pasó».

El matrimonio compuesto por Miguel Paredes, de 33 años, y Elena Moreno, de 27, murió el 6 de abril de 1990, acribillados a manos de ETA, cuando ambos salían del bar Txiki. En el atentado quedó también herido de bala Javier Marcos Espiga, de 18 años y natural de Logroño, que pasaba casualmente por el lugar y cumplía el servicio militar en Pasaia.

El actual consistorio acordó en la legislatura pasada dar visibilidad en el espacio público a las víctimas del terrorismo y la violencia política mediante la colocación de placas en los lugares donde se cometieron los atentados. Con este homenaje a More-

no y Paredes son ya 19 las placas que ha puesto el Ayuntamiento en las calles. Las placas fueron instaladas sobre el asfalto pocas horas antes del homenaje ante el temor de que pudieran ser objeto de un sabotaje que truncara la celebración del acto con los familiares.

El tributo público tuvo como preludeo una recepción a los allegados de Miguel Paredes y Elena Moreno en el Ayuntamiento, al que asistieron el alcalde y concejales de todos los grupos de la corporación. En el acto estuvieron también las dos hijas del matrimonio asesinado, Tamara y Sherezade, así como la madre de Miguel, Petra García, sus hermanos Eugenio y Juan Carlos, su cuñada Mónica Rosales, y sus sobrinas Judith y Sara. Al acto celebrado ante las placas acudieron concejales de todos los grupos municipales, salvo EH Bildu, re-

presentantes de las Juntas Generales y de la Diputación, amigos de la familias y otras víctimas del terrorismo como Ana Iribar, viuda de Gregorio Ordóñez.

Con la música de la banda municipal de txistularis de fondo, los presentes fueron depositando rosas blancas en el suelo. Primero, las hijas de los asesinados y el resto de familiares y, después, el alcalde, Eneko Goia, los concejales y demás representantes institucionales, entre quienes estaba el subdelegado del Gobierno en Gipuzkoa, Guillermo Echeñique.

El alcalde, Eneko Goia, señaló

Esta lámina de recuerdo «da testimonio de dos muertes injustas que se produjeron en la ciudad», según Eneko Goia

que este es «un paso más» de la iniciativa acordada el año pasado e indicó que los protagonistas eran los familiares de Miguel Paredes y Elena Moreno, que han venido a San Sebastián «para ser testigos de la colocación de estas placas que darán testimonio de dos muertes injustas».

Tamara Paredes, hija menor de los asesinados, manifestó que el acto había sido «emocionante y positivo» y resumió la jornada de ayer como «un buen día». Explicó que ella tenía 5 años y su hermana 7 cuando se cometió el atentado, una «época complicada, en la que nadie hablaba de este tema» porque era «tabú» y había «mucho miedo». También opinó que las placas vendrán bien, sobre todo, para despertar la curiosidad por nuestra historia reciente entre las generaciones venideras. «Que las vean y sientan curiosidad», deseó.

Valencia recuerda a Broseta en el 30 aniversario del crimen

ALEX SERRANO

Valencia vivió ayer uno de los homenajes más sentidos a la figura de Manuel Broseta, el catedrático asesinado por ETA hace 30 años. Al acto, celebrado en el lugar del atentado, acudieron familiares, amigos y las autoridades valencianas, entre ellas el

presidente de la Generalitat. Ximo Puig defendió que ningún relato «puede cambiar la historia de ETA, que hizo más por acabar con la democracia que con el franquismo», y calificó a Broseta como «un adelantado en la defensa del autogobierno».

El hijo del político y catedrático, Pablo Broseta, recordó que

la ceremonia fue «un reconocimiento a la figura de Manuel Broseta», pero que «siempre hemos intentado que sea un homenaje a las víctimas del terrorismo y la sinrazón». «Estaría profundamente orgulloso de que le consideremos uno más de esos hombres y mujeres valientes que pagaron con su vida en pro de una sociedad plural», dijo. «Cuánto intelecto, valor y patriotismo se ha perdido nuestra sociedad. Es un dolor incuantificable que obliga a la estricta aplicación de la justicia», pidió Pablo Broseta.